

FERNANDO DÍEZ DE BULNES

EL TEMPLETE
DE LAS
MUSAS



Nota al lector

Las expresiones cubanas que utilizan algunos personajes se explican la primera vez que aparecen, siempre que no estén incluidas en la RAE o lo estén en una acepción distinta y no lo haga el propio texto, a pie de página.

Se facilita una traducción libre del autor de las citas o títulos en idioma original cuando el texto no aclara su significado y su relativa dificultad así lo aconseja. Igualmente, a pie de página.

Índice

Parte I. Madurez precipitada

Capítulo I. El tiempo y la memoria.....	13
I. Chronos.....	13
II. El jardín de la memoria.....	20
III. Una infancia fugaz.....	28
IV. Abriendo zanjas oscuras.....	37
Capítulo II. En algún lugar de nuestra sombra.....	47
I. Trovadores.....	47
II. En la majada de Eumeo.....	56
III. Carlota y Fermina.....	63
IV. Un gesto memorable.....	70
Capítulo III. La tabla armónica.....	81
I. Sonidos negros.....	81
II. Aves, mosquitos y plomo.....	90
III. <i>Mater misericordiae</i>	103
IV. La última travesía.....	112
Epílogo parte I. Lo tenebroso impredecible.....	123

Parte II. Renacimientos

Capítulo IV. Una respuesta y una pregunta.....	129
I. El mundo de ayer.....	129
II. Balmoral.....	138
III. Afrodita descalza.....	149
IV. El templo en ruinas.....	159
Capítulo V. La pregunta maravillosa.....	171
I. La fuente de las musas.....	171
II. De espaldas al Abroñigal.....	182
III. Alumbramiento en los jardines de Cecilio Rodríguez.....	190
IV. Renacer en la carne.....	200
Capítulo VI. La figura inextricable.....	209
I. El alma en la voz.....	209
II. La negociación oblicua.....	217
III. Otoño en el retiro.....	227
IV. El origen del mundo.....	239
Epílogo parte II. Las señales del inconsciente.....	249

Parte III. De repente, un planeta amarillo

Capítulo VII. La máscara pérfida.....	253
I. Amores <i>titimaniacos</i>	253
II. Los ojos de Fragonard.....	261
III. Candelita de basurero.....	273
IV. Club 21.....	287

Capítulo VIII. La piel grotesca	299
I. Sin problemas	299
II. La quinta de los Molinos	307
III. La quinta de San José	318
IV. Afinidades electivas.....	327
Capítulo IX. El gato tuerto.....	337
I. Pantalones de batahola	337
II. <i>Jam sessions</i>	346
III. <i>A Love Supreme</i>	357
IV. La fuerza del destino	365
Epílogo. Noticiario habanero	379
Agradecimientos	385

Parte I

Madurez precipitada

Capítulo I

El tiempo y la memoria

*Dans le silence du silence, Mnémosyne
souple.¹*

PAUL CLAUDEL,
Cinq Grandes Odes. París, 1911

I. Chronos

«Por favor, señores, no se paren más, que parezco el himno nacional». Con esta frase hizo sentar al público, que, como todas las noches, lo recibía aplaudiendo en pie, provocando un torrente de carcajadas, mientras su boca abierta de par en par enseñaba dos hileras largas de dientes blanquísimos, irradiando una alegría contagiosa. Un silencio solemne acompañó la espera del doble alumbramiento: el piano y su voz, la música y la palabra, una suerte de siameses unidos por sus manos y su talento, dos partes de un mismo prodigio que hurgaba en las entrañas de la gente.

Su mano derecha evocaba la fascinación del niño que fue, encaramado a una ventana para escuchar a Liszt y Chopin interpretados por un vecino, en tanto que su mano izquierda tan pronto parecía tañer la piel de los tambores *batá*,² ungidos en

¹ ‘En el silencio del silencio suspira la Memoria’.

² Instrumento de percusión ritual de la religión yoruba.

ceremonias santeras de su Guanabacoa natal, como desgranaba los toques ancestrales a libertad que se oyeron en los cañaverales, entre compases y armonías de *blues* y de *jazz*. Era capaz de moldear las canciones a su antojo y transmitir ironía, amor, tristeza, desgarró, melancolía y soledad, mucha soledad. Exhibía un fraseo, una dicción y un timbre de voz camaleónicos: desapacible y picarón como el voceo de un pregonero; delicado y manso como el arrullo de una canción de cuna; roto y estremecido como el llanto amargo de un amante atormentado.

—A veces me pregunto qué pasaría si yo encontrara un alma como la mía...

Acompañaba la canción en voz baja doña Gloria, sentada a su mesa del restaurante Monseigneur junto a un joven. Su melena corta de pelo blanco, cuidada y bien peinada, enmarcaba el óvalo perfecto de su cara, iluminada al escuchar aquellas canciones, tanto como el verde coralino de sus ojos; las arrugas de su piel serenaban sus rasgos de elegante belleza. Al terminar su actuación, se acercó el artista. De su impecable frac, camisa y lazo blancos, emergía su negra y esférica cabeza, con sus dientes en vanguardia, custodios de su milagrosa voz. Parecía la prolongación de su piano Bechstein.

—Buenas noches, Gloria, parece que has encontrado un alma como la tuya.

—Se llama Atamante, es el novio de mi nieta, que ha venido a visitarme.

—¡Qué nombre más sugerente! —Sus ojos traviosos miraban igual que los angelotes negros que portaban las lámparas a ambos lados del escenario.

—Es el nombre de un personaje mítico griego, a mi padre le apasionaban.

—Ya decía yo, este chico tiene un porte mitológico. —Y, volviéndose a doña Gloria, dijo—: ¡Qué tentaciones me traes a mi

ermita de solterón! —Al oír esto, un camarero joven y rubio que no le quitaba ojo desde que llegó a la mesa le echó una mirada furibunda—. Aunque, a decir verdad, yo estoy casado con mi piano.

—Su nombre artístico también es peculiar —dijo con naturalidad Atamante.

—Bola de Nieve yo soy precisamente por lo contrario, por ser de chocolate, por miedo a que la gente me coma. —Sonrió bajando la cabeza y esbozando un fingido azoramiento mientras se servía una copa de manzanilla Pochola—. Rita Montaner me conoció, me decía Ignacio, ella me quería mucho. —Alargó la u, desviando su mirada al recordar un sinfín de desencuentros con Rita—. No me dijo nada, mandó hacer los carteles en Yucatán.

»Cuando yo llegué y me vi “Bola de Nieve”, ¡creí que me iba a morir! Pero mírame, aquí estoy. El día que ella me lo puso, ahí mismo quedé.

—No sé cómo consigue usted emocionar a todos —se dirigió Atamante a Bola, ruborizándose al reconocer cierta afectación en su tono, contagiado por el torbellino teatral y afeminado del cantante.

—Lo que tienes que hacer es dejar de hablarme de usted si no quieres que me ponga bravo —simuló enfado para que enseguida una sonrisa le iluminara la cara y quedara finalmente serio, pensativo—. Creo que lo mejor que me califica es mi personalidad de intérprete. No soy exactamente un cantante, mi voz es la de un vendedor de duraznos y ciruelas —soltó una carcajada y siguió—: Cuando interpreto una canción ajena, yo la hago mía, le doy una significación propia. Yo soy la canción que canto.

—Nadie lo ha definido tan bien, Bola —dijo doña Gloria—, y mira que has tenido elogios bellos. Neruda, Andrés Segovia o la pobre Edith Piaf, a quien le encantaba tu versión de *La vie en rose*.

—Ellos han sido muy generosos conmigo. Aquí sigo martirizando el piano y abusando de la gente.

—No seas humilde, Bola, lo que tú transmites pocos cantantes lo logran. —Doña Gloria posó delicadamente sus blancas manos sobre las del cantante, de palma ancha y dedos inusualmente uniformes.

—¿Y esa forma de tocar el piano? —preguntó Atamante.

—Eso se lo debo a María Cervantes, mi verdadera maestra. Bueno, mi querida gloria y mi querido mito, es hora de saludar a otra gente. Ha sido un auténtico placer y espero volver a verlos pronto. —Bola se dio media vuelta después de girar levemente su cara y entornarle los ojos a Atamante. El camarero rubio enrojeció de rabia.

—¡Lástima que se haya convertido en un abanderado de la revolución! —murmuró doña Gloria a Atamante en cuanto se alejó Bola, haciéndole señas para que no le siguiera la conversación porque allí podría estar escuchando cualquiera.

A Atamante, que había llegado a La Habana por la mañana, le sorprendió aquella manera de coexistir de dos mundos opuestos: la revolución naciente, a la que en aquel final del verano de 1965 le quedaba apenas margen para inventarse a sí misma, una vez cruzado el telón de acero, y el mundo de ayer, deslumbrante y contradictorio. Todavía las admiraciones del pasado pesaban más que las nuevas adhesiones y, al igual que doña Gloria, muchos exhalaban amargos contrapuntos como un susurro.

La noche era apacible, y doña Gloria, que había superado los setenta años y caminaba con dificultad, aprovechó para apoyarse en un brazo de Atamante y proponerle volver a casa rodeando el hotel Nacional, a fin de asomarse al malecón.

—¡Quiero sentir la brisa del mar! ¡El mar y Bola! No sabes cómo me ayudan a sobrellevar este tormento.

—¿Tan mal está la situación?

—No es tanto la escasez, con esa cartilla de racionamiento que no da para comer congrí o papas todos los días, sino el miedo al

que nos han sometido. Una no está a salvo ni en su propia casa, cualquier vecino o los del Comité de Defensa de la Revolución te pueden denunciar con cualquier chisme. Fidel dice que son «los ojos de la revolución» —y doña Gloria añadió, haciendo ostensible su fastidio—: ¡En realidad son los chivatos! Ese *matraquilleo*³ constante nos está creando una manía persecutoria que es un suplicio.

—No la respetan a usted, siendo una persona...

—¡*Cañenga!* Dilo sin pena, chico: ¡una anciana! —se rio doña Gloria viendo el apuro de Atamante—. Nadie se salva: hay yernos que denuncian a sus suegros por tener dólares en casa; hermanos y amigos que no se hablan por ser gusanos⁴ unos y revolucionarios otros; algunos lo hacen por fanatismo, la mayoría por miedo.

Atamante percibió cómo su semblante se transformaba, cajado de tensión, y su mirada se tornaba huidiza.

—¿No has visto una sombra que se movía detrás de aquella esquina? Creo que nos están siguiendo. No sigamos hablando de estas cosas en la calle, los agentes del G2 están por todos sitios y esta brisa del mar se lleva las palabras muy lejos.

Doña Gloria hizo una pausa para tomarse un respiro y escuchar el mar rompiendo en el malecón. Remontaron luego la calle 13 hasta llegar a su edificio, se paró frente a él y, observándolo con nostalgia, dijo:

—La elegancia que tenía este barrio se ha perdido. ¿Te has fijado en la fachada?

—¡Una obra de arte! Ya me había advertido su nieta. Recuerda a algunos edificios *art déco* de Chicago.

—¡Eran los apartamentos más exclusivos de La Habana! —la voz de doña Gloria tembló ajada—. Aquí vivían las familias más

³ Matraqueo.

⁴ Coloq. desp.: Disidente de la revolución cubana.

influyentes de la sociedad cubana. Ahora está en unas condiciones deplorables.

—Desde este lugar y en la oscuridad mantiene su grandiosidad.

—Si te fijas bien, verás que se está desconchando por completo. Hace nada, el revestimiento de una columna de mi cuarto se me cayó arriba.

Llegaron al vestíbulo, donde se encontraba una escultura en relieve de níquel y plata, diseñada en el mismo estilo del edificio.

—Se titula *El tiempo* —dijo doña Gloria al ver que Atamante se fijaba en ella—. Es de las pocas cosas que no se han llevado. Será porque es difícil arrancarlo y la chusma no se arriesga a estar tanto tiempo dándole tremenda desarbollada. Han desaparecido las lámparas originales, las jardineras y los números de las puertas. Todo era *art déco*.

—Esta vez el tiempo —subrayó Atamante— ha favorecido su subsistencia.

—El relieve alude a las prisas de la vida moderna. —Calló, recapacitó y matizó doña Gloria—: Bueno, eso sucedía antes de esta maldita revolución.

—¡Un Chronos joven y apremiante! —Atamante comenzó a señalar los distintos elementos del relieve, interpretándolos—: El joven atleta, con su zancada larga, desplaza el día, tiñendo de negro el círculo blanco; arriba, tres aviones enfatizan la velocidad de los tiempos modernos.

—Hoy el tiempo parece que se ha cansado de nosotros y nos abandona al olvido.

—Una imagen bien distinta de los ancianos con largos cabellos y barba blanca que suelen personificarlo. Hay una escultura en la biblioteca de la abadía de Wiblingen, en Alemania, en la que aparece la musa Clío impidiendo que Chronos arranque varias páginas del gran libro de la historia.

—Nosotros necesitaremos bastantes Clío para que prevalezca la verdad cuando esta pesadilla acabe —dijo dirigiéndose hacia el ascensor, suavizando el tono—. Mira, las puertas de los ascensores están hechas con plata y zinc. Cualquiera día se las llevan.

Llegaron hasta el décimo piso, donde se encontraba el apartamento de doña Gloria; y, nada más entrar, ella se dirigió a un mueble bar que tenía en el salón.

—¿Te apetece tomar un trago? Este paseo por el malecón me ha desvelado, y ahora podremos hablar tranquilos.

—Claro, estaré encantado.

—Esta botella me la consigue un vecino en el mercado negro. El ron que venden en las tiendas del gobierno está *malembe*.⁵

Se sentaron en el tresillo del salón, próximo a una ventana. Los dos quedaron en silencio un buen rato. Ella sirvió otro ron, levantó su vaso y, en el momento de brindar, se fue la luz. Doña Gloria, contrariada, no dijo nada y fue a la cocina a buscar unas velas.

—¡Dios nos está probando! No nos hemos acostumbrado, nos hemos adaptado. No es fácil, pero si me pongo brava, tengo dos trabajos: ponerme brava y que se me quite.

Doña Gloria puso una vela sobre el piano vertical que había en el otro extremo de la sala. Un viejo Steinway de madera exterior chapada en caoba, que mantenía el brillo de antaño, salvo algunas pequeñas zonas marcadas por la huella de varios derrames. Sin mediar palabra, levantó la tapa del teclado y se puso a tocar. Pese a que la tabla armónica, enderezada por el tiempo, había perdido algo su calidad tonal, con las notas iniciales Atamante reconoció uno de los nocturnos más conmovedores de Chopin: el *opus 9 n.º 2*.

—¡Toca usted como el mismísimo Rubinstein! —Atamante aplaudió entusiasmado cuando dejó de sonar el último acorde.

⁵ Coloq.: De poca calidad.

—Lo dirás por las notas que salto. Rubinstein dice que en su primera época «dejaba caer unas cuantas notas debajo de la mesa»; a mí, a esta edad, se me caen de la cabeza.

—No, no es eso. Lo digo por la fuerza y emotividad de su interpretación, sin sensiblería —insistió con vehemencia Atamante.

—¡Calla, no me seas guataca! —Doña Gloria se levantó, fue a sentarse junto a Atamante y volvió a llenar sus vasitos—. Lo escuché en el Carnegie Hall de Nueva York hace treinta años. Aquel día, hasta los que le criticaban se pusieron a sus pies.

Aquel nocturno fragmentario, al que la habilidad de doña Gloria arrancaba algunas notas de forma casi imperceptible, causó en Atamante la impresión de que el tiempo se hubiera suspendido, levitando silencioso en algún rincón de aquel cuarto. No se manifestaba bajo la apariencia olímpica del relieve *art déco*, ni la del anciano barroco de Wiblingen. Observaba perplejo el rostro de doña Gloria, sin señales de deterioro en la piel, y la luz que irradiaban sus ojos verdes, tan vivos como los tenía su novia. Maravillado, trataba de distinguir si era realmente ella o su nieta, en quien por una suerte de sortilegio se hubiera transmutado. Ella se rio al ver el modo en que la miraba.

II. El jardín de la memoria

Mucho de lo que Atamante recuerda de su infancia había sucedido en aquel jardín, dividido en cuatro áreas simétricas de contornos cuadrados, que albergaban en su interior plantas y árboles de diferentes regiones del planeta. Un manto de césped se extendía por falsos llanos y ondulaciones del terreno, formando figuras irregulares, bordeando estanques y senderos, contrastando la rigidez geométrica de los setos rectilíneos. En los extremos del camino central, dos grandes fuentes coronadas por sendas es-

tatuas de ángeles caídos sustentaban el nivel de agua en el entramado de canales y acequias que regaban el jardín.

Él y su familia vivían en una casa-palacio de estilo neoplatesco con algunas reminiscencias vascas, especialmente por las dos prominentes torres con poderosos aleros de la fachada principal. Construido en la segunda mitad del siglo XIX, al regresar su dueño de hacer fortuna en Cuba, ocupaba un cuarto de una manzana del ensanche promovido por el marqués de Salamanca.

El día que su padre empezó a hablarle de los enigmas que encerraba aquel lugar, tenía Atamante siete años y vestía de marinero, la primavera de 1952; todo de blanco, a excepción de las cintas del gorro, pañoleta y puños, azul oscuro, y las trazas de chocolate que le había dejado un churro. La fiesta de su primera comunión había finalizado y todavía le atormentaba el traspíe que dio al salir del banco de la iglesia, que a punto le costó una caída y convertirse en el hazmerreír de sus compañeros antes de renunciar para siempre a Satanás, a sus pompas y a sus obras. Le habían insistido tanto que demostrara su recogimiento que, cuando se levantó, mantuvo sus manos sobre la cara, tapándose los ojos, y apenas pudo ver entre sus dedos la esquina del reclinatorio con el que tropezó.

Hasta entonces había sido escenario de sus diversiones infantiles, y su heterogénea naturaleza inspiradora de sus exóticas fabulaciones. Su padre lo llamó desde la balaustrada que separaba la doble escalinata que daba acceso a la planta noble. De estatura considerable, heredada de sus orígenes vascos, los matrimonios de sus antepasados con aristócratas habían suavizado sus facciones, desterrando la tosca huella horadada por el viento y el mar en la saga de pescadores que eran los Barruticoechea. Si moderaba el encaje de su mandíbula prominente, a su hijo le parecía estar viendo a uno de los galanes más carismáticos de las películas de aventuras: Errol Flynn.

—Tu tatarabuelo quiso que este jardín conservara viva su memoria —comenzó a hablarle su padre.

—¿Tenía mala memoria? —preguntó Atamante, inocente.

—No, hijo, quería asegurarse de que ni él ni las cuatro generaciones siguientes olvidaran.

—Papá, ¿qué es una generación?

—Tú formas parte de una generación, ¡la más importante!
—Su padre le miró a los ojos para subrayarlo.

—¡Pero yo tengo buena memoria! —protestó Atamante—. Por lo menos, eso dice María.

—Lo que te voy a contar no se estudia en el colegio ni te lo enseñará tu institutriz. —El semblante serio de don Aurelio impresionó al niño—. En el jardín están representados los cuatro continentes por los que navegó tu tatarabuelo y las claves de su historia. Él se encargó de trasmitírsela a su hijo mayor, Flavio, en su ingenio de Baracoa; y años después hizo aquí lo mismo con su nieto, Valerio.

—¿Por qué no se lo contó su papá al abuelo Valerio?

—Veo que no se te escapa nada. —Le agradó a don Aurelio saber que su hijo estaba atento. Continuó solemne—: Desgraciadamente, tu bisabuelo murió antes de poder hacerlo. Combatió junto a Ignacio Agramonte, un patriota cubano al que llamaban el Mayor; ambos cayeron a balazos en una emboscada. Mi padre me lo contó a mí, igual que yo estoy haciendo contigo. Vamos, Ata, bajemos a aquella zona del jardín —le instó cariñosamente su padre, señalando con un ligero ademán el noroeste.

Al oír «Ata», dio un respingo enseguida retenido, intentando que su padre no se diera cuenta. De crío, como es habitual con los nombres rimbombantes, el suyo sufrió una drástica reducción hipocorística. Su padre usaba su nombre completo, salvo en ocasiones especiales en las que quería mostrarse más próximo.

El terreno en aquel cuadro se escarpaba ligeramente hacia el norte y dibujaba un perfil similar a la costa atlántica norteamericana, poblada por un pequeño bosque de olmos, nogales y robles. Al sur, una estrecha península se extendía hasta un islote, emulando el contorno saurio de Cuba. Un canal bordeaba el remedo de continente y rodeaba la isla, donde una imponente ceiba reinaba en su centro, custodiada por palmas reales, extendiéndose hacia ambos flancos caobas, ocujes, guananas, anones y guanábanas. Más abajo, un amplio estanque bordeaba la tierra que describía la silueta de Brasil, ocupada por un enjambre de totumos, jacarandas, palmitos, jaguas, pimenteros, mangles, jocotes y jaboncillos.

—La ceiba es la madre de todos los árboles para el guajiro cubano y un árbol sagrado en muchas culturas precolombinas —empezó a hablar su padre bajo aquel árbol imponente, erguido e impenetrable ante los fríos inviernos y largas sequías de Madrid.

El niño conocía bien este árbol que asociaba sus enormes raíces enroscadas en la superficie a colas de lagartos gigantes, y las espinas del tronco con púas de dinosaurio. Pero ¡ay, esas palabras que usaba su padre!

—¿Gua-jiro?, ¿pre...? —El chiquillo se empezó a atascar.

Sin dejarle terminar, le explicó don Aurelio, paciente:

—Guajiro se dice en Cuba a los que trabajan en el campo; precolombino se refiere a la América anterior al descubrimiento de Cristóbal Colón y la dominación europea.

—¿Ambrosio, el vaquero que cuida el campo, es un gua-jiro?

—Si estuviéramos en Cuba, se diría de este modo, es un nombre que proviene de la guerra de independencia de Cuba. Cuando los norteamericanos entraron en la guerra, asombrados del coraje de los campesinos que luchaban con sus machetes, empezaron a llamarlos *war heroes*, que significa ‘héroes de guerra’.

Si bien no le quedó claro, prefirió saltar a la siguiente palabra:

—¿Los indios de la película que pusieron en el cole eran pre... golondrinos? Había soldados vestidos con trajes de metal que luchaban contra unos indios medio desnudos.

—¡Precolombinos, con c de cretino, m de mentecato y b de burro! —subrayó los errores y sus respectivos improprios para que no se le olvidara nunca.

Atamante se quedó mudo, hasta entonces jamás le había insultado así. Era un raro honor recibir los escarnios a los que estaban acostumbrados sus hermanos. Su padre respiró profundamente y bajó el tono recriminatorio:

—Por lo que dices, aparecían en escena los españoles en plena conquista, de manera que los indios sí serían... —Inclinó la cabeza, invitando al niño a concluir la frase.

—Pre-co-lom-binos —dijo Atamante envalentonado, recitando en su cabeza los tres insultos que su padre le había dedicado.

—¡Muy bien! —exageró su padre para compensar su rigor—. Volvamos a la ceiba.

—Este árbol me asusta.

—No hay que temer a los árboles. Su nombre es de origen taíno —retomó el hilo don Aurelio, menos entusiasta—. Un pueblo que ocupaba las islas mayores del Caribe.

Atamante hizo caso omiso de la palabra «taíno» a fin de no interrumpir a su padre.

La educación recibida no contribuyó a que don Aurelio se acercase a la mentalidad del crío. Pasó varios años de su infancia estudiando en Le Rosey, un colegio interno a orillas del lago Lemán, que marcaron su carácter introspectivo y melancólico. Posteriormente, sus padres lo enviaron a Charterhouse, a las afueras de Londres, donde estudió durante su adolescencia. Allí coincidió con Robert Graves, y ambos fueron inoculados por la misma pasión irrefrenable por la mitología.